

CAMINANDO ENTRE ARISTAS

POBRES, HEREJES Y MALDITAS DEL MEDIEVO

CAMINANDO ENTRE ARISTAS

POBRES, HEREJES Y MALDITAS DEL MEDIEVO

Jordi Maíz



*Caminando entre aristas.
Pobres, herejes y malditas del medievo.*
Jordi Maíz

Piedra Papel Libros permite la reproducción parcial de este texto, siempre que no se haga con fines comerciales y se citen las autorías correspondientes. También aspiramos a mantener una relación directa y permanente con nuestros lectores, por lo que os animamos a contactar con la editorial si tenéis alguna duda o sugerencia relativa a nuestros libros, libelos y fanzines.

Piedra Papel Libros
serie transhistorias, 15
<http://piedrapapellibros.com>
piedrapapellibros@gmail.com

Cubierta: Araceli Pulpillo

Depósito legal: J 397-2021
ISBN: 978-84-123840-0-0

Jaén, 2021
Printed by Líberis

ÍNDICE



Fuego y falsedad purificadora. Una introducción.	11
El castigo de Dios.....	21
Contra el orden de las cosas.....	41
Pobreza, locura y miedo entre calamidades.....	73
Enfermedad, religión y poder.....	85
BIBLIOGRAFÍA.....	99

El presente texto está dedicado a quienes por motivos obvios nunca pudieron publicar su propio libro de Historia.

Pese a ello, fueron actrices y actores de una película en la que nadie les preguntó si querían salir.

Para Ateu, siempre en la arista.

FUEGO Y FALSEDAD PURIFICADORA. UNA INTRODUCCIÓN

En nuestra civilización el Dios es el dinero.
La gente cree mucho más en el inspector
de Hacienda que en las indulgencias.

JOSÉ LUIS SAMPEDRO

El conocimiento que tenemos sobre la mayor parte de los acontecimientos históricos del pasado está muy mediatizado. En algunos casos, apenas se conserva un relato nominal sobre las revueltas, herejías en la memoria colectiva, también si cabe limitada ante su visión pública. Las fuentes históricas ejercen una fuerte dictadura sobre nuestro epistemológico uso del pasado; en algunos casos, carecemos de datos, en otros tenemos tantos que no es siempre fácil separar el grano de la paja, como dirían algunos. Uno de los gurús del neoliberalismo, Francis Fukuyama, advertía en algún modo que las ideologías habían muerto y que, en el caso de la Historia, quizás sería conveniente atender a lo único que seguía y seguía creciendo año tras año: los datos económicos. Era *El fin de la Historia*¹, pero claro, faltaba quizás el subtítulo que debía ser algo así como «el triunfo del

¹ *El fin de la Historia y el último hombre*, Planeta, Barcelona, 1994.

capitalismo». Es evidente que el recuerdo histórico también se troquela, moldea y condiciona a través de los ojos de generaciones y generaciones de relatores del pasado, que algunos más y otros menos, están al servicio de una u otra causa propia o común.

Al parecer todo esto es muy antiguo, pero no cuesta mucho olvidarlo. En el siglo II, el poeta romano Juvenal escribía una de esas frases atemporales, fácilmente aplicables a la Historia a la carta tan en boga actualmente. *Quis custodiet ipsos custodes?* Se recogía de forma reflexiva en alguno de sus poemas. *¿Quién vigila al vigilante?* Si es que los datos históricos que se usan para articular un relato más o menos cercano a ese pasado están ideológicamente marcados. Ese distintivo, que en ocasiones está señalado a hierro, en otras es apenas una marca de agua en un papel, casi imperceptible, que de tanto utilizarse pasa desapercibida ante nuestros ojos. Las crónicas medievales, los anales heroicos de los reyes o las hagiografías de santos hablan bien de quien les da de comer y en ese sentido, el populacho no es quizás el agente mejor armado para afrontar semejante lucha. Las fuentes históricas que recogen la vida de grandes eclesiásticos, de señores y señoras de alta alcurnia, no son quizás el testimonio más objetivo. *¿Qué imparcialidad se puede esperar de quien es juez y parte a la vez? ¿Podemos esperar neutralidad en un relato contra aquellos que pueden revertir el orden establecido?* Parece incluso que

simplemente apearse del carro de la Historia de esos vencedores ya es una provocación en toda regla, que te condena a la muerte o en muchos casos al silencio histórico, quizás más cruel para las generaciones venideras, quienes sin ese relato siempre partirán de cero y estarán en desventaja.

El punto de partida historiográfico de este estudio, aunque se centre en momentos concretos del mundo medieval, sería sin duda el siglo XX, momento en el que el análisis y la memoria de las marginadas y las aristas de la Historia cobraron cierto protagonismo. Las biografías, la historia militar y pomposa de las grandes familias nobiliarias, empezaba a dejarse de lado. Desde el materialismo histórico y desde la *École des Annales* se empezó a requerir una mayor atención a los aspectos sociales y económicos. Pese a ello, este cambio temático profundamente sugerente seguía dejando de lado a toda una capa de población, que en muchos casos, era —en un sentido numérico— la amplia mayoría. No fue fundamentalmente hasta los años setenta y ochenta del pasado siglo, cuando de la mano de la citada historia social y como consecuencia de los diálogos con las artes de la nueva filosofía posmoderna de Foucault, Deleuze o Derrida, el mundo de la Historia entró en diálogo y debate con metodologías ajenas a esta ciencia y más propias de la psicología, la sociología y/o la antropología. En este vaivén metodológico, comparecerá un nuevo prisma que, en muchos ca-

sos, se acercaría al pasado desde el horizonte de lo mental e imperceptible. Cuando algunas historiadoras cayeron en la cuenta, estas nuevas temáticas seguían dejando de lado también a un amplio grupo de inadaptados, marginados, minorías, enfermos y un largo etcétera de grupos e individuos que no encajaban en las explicaciones habituales de los paradigmas del medievo. Habíamos pasado de los reyes a los comerciantes, pero seguíamos dando la espalda a todos esos protagonistas de los tiempos pasados, así que poco a poco algunos heterodoxos como Jacques Le Goff o Michel Mollat fueron cogiendo el relevo de un testigo nada cómodo. Bajo la influencia de autores del llamado pensamiento posmoderno, las categorías sociales que se habían forjado desde principalmente el materialismo histórico empezaron a carecer de sentido y se dispersaron en temáticas y espacios que cada vez eran más metafísicos: los olores de Grecia, el amor o el miedo en la Historia, por ejemplificar en algunos concretos, fueron los nuevos sujetos. En *La Historia en migajas*, un clásico de F. Dosse², ya se abordaba esta problemática de dispersión y cierto desorden, pero era evidente que también se inició un creciente interés por esos grupos estigmatizados o minoritarios se empezaba a observar. Ya no se hablaba de una *clase* o *masa*, en un sentido configurado del pensamiento marxista,

² DOSSE, François: *La Historia en migajas*, Alfons el Magnànim, Valencia, 1989.

pues los nuevos protagonistas de los estudios eran otros. Decía hace tiempo Jules Michelet que «cada época soñaba la siguiente»; el historiador francés parecía preconizar lo que quería que ocurriera en su propio presente. A mediados del siglo XIX escribía *Les femmes de la revolution*³, un análisis pormenorizado y, también en ciertos aspectos, pionero sobre el papel de la mujer durante la Revolución Francesa de 1789. Parecía adelantar el protagonismo de esos nuevos grupos en las barricadas parisinas de 1871, cuando —con adoquín o fusil en mano— muchas mujeres fueron sus propias protagonistas ante numerosos y atónitos espectadores.

El mundo simbólico de las montañas, pobladas por rudos hombres que vagan de un lugar para otro en una misión divina, es altamente atractivo tanto en el cine como en el universo mental de quienes configuran mitos y creencias compartidas. Con ciertas distancias y también con muchas similitudes, se antoja necesario también hablar de esos miedos a los que me refería con anterioridad, a los sueños, a las diferencias entre esos agentes históricos que al fin y al cabo no eran protagonistas de ninguna gran batalla, que trataban de componer como podían sus cosechas para poder llevarse algo a la boca durante los duros y fríos días del invierno. Durkheim⁴ decía que debajo de ese simbolismo había una existencia

³ MICHELET, Jules: *Les femmes de la revolution*, Delahays, París, 1855.

⁴ DURKHEIM, Émile: *Las formas elementales de la vida religiosa*, Akal, Madrid, 1982.

representada, una realidad que hacía referencia a expresiones elementales o primitivas, en el sentido de antigüedad, de las formas de vida religiosas. Y habla de religión, pero quizás más desde un punto de vista de creencias, símbolos, fiestas y realidades compartidas que de un uso institucional moderno. Durkheim añadía que todas las formas, en un plano religioso y de creencias, eran verdaderas, que no había unas realidades más que otras, entendiendo que así se evitaban jerarquías que llegaban incluso a negar la existencia de ese otro al que nos referimos. De un tiempo a esta parte, andamos en esa consideración, en que esas expresiones que presentamos aquí, pero que se pueden extrapolar a otros momentos y sujetos, son tan válidas como las vidas de Carlomagno o las de un cátaro que, con cierto tinte místico, espera la salvación. Eso explicaría el porqué de nuestros comportamientos, esa reiteración finalmente hace que se hagan colas en el Neues Museum para ver el busto de Nefertiti o se acceda a pagar una cantidad económica por ver el sarcófago de Napoleón, cuando deberíamos también plantearnos si son dignos de nuestro tiempo y de nuestra escritura. No olvidemos que somos nosotros y nosotras, desde una óptica actual, los que acabamos por configurar nuestros gustos, olores y personalidades de estos testimonios históricos de los que en muchas ocasiones recordamos sólo pequeños episodios, con mayor o menor latencia,

que facilitan sin duda que algunos datos sean susceptibles de ser manipulados o borrados.

La Historia que se enseña en los centros educativos de la mayor parte del planeta no difiere mucho. Se cambian los personajes y las épocas, pero en el fondo se aborda la vida de vencedores, en pugna constante por mostrar el camino que les ha llevado y nos lleva hasta aquí como individuos y como sociedades. ¿Cuántos conflictos sobrevalorados aparecen en nuestros libros de Historia? ¿Cuántos se quedan en el olvido? Por citar un ejemplo, hace apenas dos generaciones, en el estado español se enseñaban los valores patrios y la *Historia Nacional* a golpe de cancionero, que llegó incluso a popularizarse en la película *Tómbola*, de Luis Lucía Mingüero, en la que aparecía la popular Marisol con uniforme escolar, bajando de un autobús cantando, con un grupo de compañeros, la lista de los reyes godos: Atafulfo, Sigerico, Walia, Terismundo... El método funcionaba, pero debía tener sus grietas, pues durante un tiempo la Historia presentaba, por ejemplo, esas listas o la historia del conocido rey Pelayo como un ejemplo excepcional de *egoliderazgo*, lucha y sobreesfuerzo para poder expulsar, espada en mano, a los enemigos de la Patria, enemigos que —dicho sea de paso— eran musulmanes. La reiteración histórica consiguió recomponer los lazos de los reyes godos con las huestes cristianas que vagaban de aquí para allá en sus divinas misiones. Hoy, con los testimonios

de los que se disponen, con las nuevas fuentes y seguramente con una interpretación diferente de lo que ya se conservaba, muchos consideran o reducen la batalla de Covadonga a una escaramuza, posiblemente fortuita, sin mayor proyección bélica sobre sucesos inmediatamente posteriores. ¿Qué quiero decir con todo esto? Seguramente no pretendo más que *autoconvencerme* de que estas paradojas de reinventar y reinterpretar personajes, mitos y épocas son muy habituales, están a la orden del día, son propias del oficio de historiar y seguramente son tan antiguas como la literatura del pasado en sí.

Digámoslo claro, las fuentes son hostiles a las reueltas, reacias en muchos casos a la mirada del *otro*, carecen de empatía con el sujeto al que demonizan; y, seguramente, son más proactivas de lo que pensamos en favor de un sistema de representación al que pertenecen y justifican, para bien o para mal. Sin ir más lejos, la propia mitificación de Pelayo y la *Reconquista* se configuran principalmente a partir de las *Crónicas asturianas*, un conjunto documental del siglo X que aborda acontecimientos e hitos fundamentales de la historia peninsular desde finales del mundo godo, pasando por la llegada de los musulmanes. Unos textos que en parte vanaglorian las proezas de los que se consideran ancestros de los reyes astures, convirtiéndolos así en dignos y leales sucesores de los citados godos. Es decir, justifican el poder y el orden establecido, para que nos entenda-

mos bien. Conspiraciones, traiciones y malos ejemplos para el argumento de estos cronistas se omiten, se destruyen o se demonizan.

En otro orden de cosas, aceptemos que los reyes astures son los sucesores de una misión divina, incluso portadores del Santo Grial, pero no olvidemos que representan una parte ínfima de esa Historia en la que están también otros tantos. ¿Cuál era la realidad de los campesinos de esos valles? ¿En qué situación se encontraba la mujer? O, simplemente, ¿había o no algún practicante de ceremonias paganas ancestrales? ¿Qué papel se otorgó a las niñas y ancianas? Da la sensación de que todos estaban al servicio de esa misión divina, salvar a la insigne Iberia del ataque externo, como si ese fuera un único y unívoco proyecto. Da que pensar que más de mil años después, la expresión “eres un godo” se utilice despectivamente en algunas zonas de América para referirse a los españoles como conjunto, o bien en otros lugares ante comportamientos dignos de la nobleza, de pureza racial o incluso, curiosamente, de conductas no altamente modernas. Al final, la lista de reyes godos da para mucho.

Es evidente que las lectoras del texto encontrarán no pocas omisiones, pues este librito no pretende más que eso, describir —sin grandes aspiraciones— varios escenarios públicos y privados, que se sucedieron en espacios y épocas diversas del mundo que nos ha precedido. Y no lo vamos a negar, no tratamos

de relatar esas etapas históricas sin plantear un posicionamiento directo y del presente con situaciones que pudieran tener analogías con las que cada una de vosotras encuentre. Nosotras escribimos desde el presente y procuramos —como no puede ser de otra forma— reflexionar y posicionarnos ante actitudes de tiempos más contemporáneos. Desde nuestra óptica, de nada serviría esta redacción si no somos capaces de establecer, unir y romper hilos conductores y vasos comunicantes entre las múltiples circunstancias que aquí se describen. Nos gustaría advertir que el texto no es un relato íntegro ni pretende tampoco abordar —en su conjunto— los mil años de Historia que se suelen atribuir al término denominado Edad Media. Semejante locura nos llevaría más vidas de las que podemos disponer.